

Constanza Michelson

MICRODRAMAS

El peso de lo leve

PAIDÓS

Para M.
Lo que prometí.
No parece amor.
Lo es.
Sin remedio.

“Un hombre camina por este espacio vacío mientras otro
le observa, y esto es todo lo que se necesita para
realizar un acto teatral”.

Peter Brook

“Muchas son las cosas *deinón*, pero ninguna
más *deinón* que el ser humano”.

Antígona, Sófocles

(*Deinón*: a la vez terrible y prodigioso.
La ambigüedad es intraducible).

Índice

El gran atractor	17
I. Crónica de un impulso	17
II. Cambios de opinión y de claves	22
III. Armisticio	27
IV. Conjuro	33
 Quién somos por dentro	 39
I. El gusto	39
II. Perversión ordinaria	40
III. La última vez que lo vi era yo	45
 Lucidez inútil	 51
I. Tres deseos	51
II. ¿Qué significa que no te saquen fotos?	54
III. Informe del Dr. Tiresias	57
 Stasis	 65
I. Personas no necesariamente malas que vuelven malas a otras personas	65
II. Asiento 12B	70
III. El último	73
 Crear montañas donde antes solo había llanura	 81
I. Enseñar a perder	81
II. Encontrar cosas perdidas	81
III. Perder y perderse	83
IV. Perder de pie	85

Un día	89
Exageraciones	99
I. Las hambres	99
II. Desazón	103
III. Intensidad vocacional	105
Mitologías	109
I. La mirada del lobo	109
II. Falsos ídolos	114
III. Sirenas jubiladas	119
IV. Qué hacer con la clase (media)	125
V. El libre	131
Entonces podemos bailar	133
I. Vestirse sin ocasión	133
II. Cuerda y floja	135
Creecer sin querer	141
I. Amistades	141
II. Una enfermedad cómica	145
III. Lágrimas de salmón	148
La verdad en la mentira	155
I. Recuerdos encubridores	155
II. Falsos sentimientos	160
Lenguas	167
I. Yalla, habibi	167
II. Entre dientes	173
III. Nariz del Líbano	175

Presencias	181
I. Hilos sueltos	181
II. Historia de lo irremplazable	183
III. Miedo a ser la presa	188
 La mente en crisis	 191
I. La con(s)cienza extraviada	191
II. No es bueno que el hombre esté solo	198
III. Magnetismo animal	204
 Patriarcas	 211
I. Ulises vs. Roblox	211
II. La familia que viene	214
III. Matar al padre	218
IV. Peca por mí	219
 Primero fue el juego	 225
I. Quemadas	225
II. Tralalerito	233
 Teoría del microdrama: una verdadera molestia	 237

Un microdrama es una escena en la que alguien se juega un pedazo de vida, sin saber bien qué está en riesgo ni qué es, exactamente, la vida.

Pasa en los lugares de siempre. En una escalera mecánica. En la fila de una farmacia. Una frase mal dicha, una mano que tarda un segundo de más, una puerta que no se abre. Para los demás no pasó nada. Para alguien fue una bifurcación.

No deja una lección. Deja una marca. Como cuando algo te muerde y al principio no entiendes de dónde salió la sangre.

Y después –solo después– se puede intentar decir si eso que ocurrió, o no, dejó algo: un camino, una pregunta, un agujero en el bolsillo. O si no fue más que girar en una rotonda, con la sensación de avanzar y la inquietante certeza de no haber elegido todavía por dónde salir.

El gran atractor

“Ningún organismo vivo puede mantenerse cuerdo durante mucho tiempo en unas condiciones de realidad absoluta; incluso las alondras y las chicharras, suponen algunos, sueñan”.

Shirley Jackson

I. Crónica de un impulso

Fue así: me levanté en pijama, caminé a la cocina, tomé las tijeras. Las miré un momento, como si hubiera olvidado para qué sirven. Verifiqué que no tuvieran restos de comida. Luego fui al baño. Tomé un mechón. Corté. Sin medir, sin simetría.

Este impulso aparece cada ciertos años. Cinco. Diez. El tiempo suficiente para olvidarlo, para creer que pertenece a una versión anterior, a aquella que vivía en otro departamento, que dormía del otro lado de la cama, que todavía no sabía ciertas cosas. Pero vuelve.

No me veo mejor. Lo digo así, con esa pequeña distancia, para no sonar cruel; pero la verdad, sin el amortiguador de las palabras amables, es que me veo peor. No tengo rostro para chasquilla. Nunca supe de qué tengo rostro.

Pero el impulso no busca mejorar. Busca una cosa distinta: ser otra. Cualquiera. No una mujer de revista, aunque ya casi no existen las revistas. Solo otra.

¿Cuándo quiero ser otra?

No después de un tiempo de aprendizaje, no después de corregir algo. No con paciencia, no con método. Sino en dos minutos, ser otra en dos minutos.

—¿Qué hiciste? —preguntan los hijos.

Uno de ellos se ríe en mi cara.

—Nada —respondo—. Me corté la chasquilla.

El hombre no dice nada. Ha decidido que sobre ciertos temas no opina. Su ceja, sin embargo, lo hace con un leve arqueo.

A los hijos no les gusta que la madre quiera ser otra. Porque, según la imaginación doméstica, no debería ser nada más que eso: una madre. Un objeto fijo en el paisaje de la casa, como la mesa o la lámpara.

Ilusión que, por lo demás, también padecen ellas mismas, que exista *la madre*, que, no obstante, sepa serlo. Y, no obstante, una sigue esperando.

A la propia madre, sobre todo.

Volvamos al impulso.

Si tuviera que buscarle una raíz, la ubicaría en la infancia. Como casi todo.

Tuve chasquilla. Caía libre sobre los ojos. Bastaba un tijeretazo recto cuando empezaba a tapar la vista.

Ese pelo lleno, sedoso.

Me pregunto si eso es lo que perseguimos. La cara aún sin historia. Antes de que el cuerpo empiece a traicionar.

Porque traiciona.

Un día llega la grasa de las espinillas y contamina el pelo. La chasquilla se vuelve imposible. Y no era solo eso: entre los pelos lacios empezaban a aparecer otras criaturas. Duras, onduladas. Pelos que crecen por todas partes con la fuerza loca de los ríos en primavera.

Aunque no sé si los ríos crecen en primavera. Quizás en otoño.

Me pregunto ahora para qué querría volver a ser niña cada vez que tomo las tijeras. ¿Para ver mejor? ¿Para verme mejor?

¿Para que te digan linda aunque no lo seas?

Tal vez.

No tengo un gusto especial por los libros de personas que se cansan tanto que quieren volver a la infancia. Quieren cosas que no existen.

No, no es eso. No estoy harta.

Solo tengo ese impulso, cada tanto, de moverme un poco.

Un milímetro de distancia. El espacio mínimo entre yo y yo.

La Señora M. —a veces mi madre— lo hacía. Se sacaba *selfies* antes de que existiera la palabra. Usaba pelucas y vestidos muy cortos, avisaba que la época había dado vuelta la página. En una foto del colegio, sus compañeras parecen detenidas en los cincuenta, mientras ella ya había entrado a los sesenta.

Siempre fue la primera en irse. Aunque nadie se lo pidiera.

Esa mañana, después de leer las noticias en el teléfono, me paré, fui a la cocina, tomé las tijeras.

Por supuesto había cosas horribles.

En redes sociales alguien reclamaba que cómo era posible que algunos no dijeran nada sobre la masacre. Se acusa a los que no muestran el dolor.

¿Hay que hablar así, apuntando siempre?

¿Será que los que acusan con más fuerza nunca dudan de sí?

Me pregunto si los señores de la guerra, aunque fuera una sola vez, quisieran ser otra cosa. No más fuertes. No mejores. Solo otros. No ellos.

Imagino qué pasaría si pudieran despegarse un poco de su propia forma. ¿Será saludable, de vez en cuando, cambiar la mirada? No hablo de una revolución. Solo torcer el marco, mirar desde un ángulo que produzca una pequeña sospecha.

Una chasquilla es exactamente eso: un corte mínimo que cambia el encuadre. Apenas unos centímetros de pelo sobre la frente y, sin embargo, la mirada se reorganiza.

No era para tanto, debí decirle a mi familia. Pero en su risa se adivinaba otra cosa: un temor antiguo, que aparece cuando la madre –de repente– deja de ser solamente madre. Cuando podría huir. Cuando podría ser una niña. Una perversa.

Quédense tranquilos, queridos niños, querida familia. Este es el más inofensivo de mis impulsos. Pero, si soy honesta, tampoco me conozco tanto.

Los animales se ven tontos con chasquilla. Las mujeres grandes no. Se ven como si supieran cosas. La chasquilla les cambia los ojos. Los vuelve más tristes o más peligrosos. Nunca se sabe. Tampoco se sabe para quién hacen ese gesto. Si para que las miren o para mirarse ellas. Porque hay mujeres que no pueden verse solas.

Un par de noches antes, con el hombre discutíamos en un restaurante. Llevábamos días así. Una pelea sin causa ni salida. Buscábamos algo. No el tema: el tono. El tono exacto que pudiera herir. Ninguno alcanzaba. Había que subir la apuesta.

Detrás de nosotros, dos mujeres de setenta años o más hablaban sin el cuidado que da la vergüenza. Las escuchaba sin darme vuelta. Después supe que él también las oía.

Ellas pidieron la cuenta. El lugar estaba casi vacío. Dijeron que tenían que volver a juntarse. Entonces, por impulso –¿es siempre el mismo impulso?– me di vuelta y les dije que yo también quería verlas de nuevo. Se rieron. Nos quedamos un rato más. Una había sido bailarina. La otra no dijo o no lo recuerdo. Siempre se recuerdan más las bailarinas. Cuando por fin se fueron, escuché –con los oídos de la espalda, los peores– que una le decía a la otra: “Es que ella es de las nuestras”.

Por supuesto salimos hablando de mis nuevas amigas. Yo hablaba, él asentía, hasta que por fin dijo lo que llevaba un rato guardándose.

–¿Escuchaste lo que dijo esa mujer?

No. Yo había escuchado la parte donde me adoptaban. Él, en cambio, escuchó el crimen.

Una de ellas había dicho: “Creo que maté a mi marido”. Y después, más bajo: “Ni siquiera sé dónde lo enterraron”.

Él escuchó esa frase y yo no. No sé si eso es una diferencia de percepción o una diferencia moral.

¿Y qué querían decir esas mujeres con que yo era una de ellas? Las mujeres somos pésimas en una cosa: nos copiamos todo. La ropa, el libro, el tono de voz, el dolor. Sobre todo el dolor.

Pero no era por eso. Esas mujeres sabían algo que yo no. Que dentro de una vive una desconocida. Reconocer errores es de buen gusto. Todo el mundo lo hace. Lo difícil es aceptar que la que ama, la que miente, la que hace daño, no se turnan. Son la misma. Con la misma mano, con la misma lengua, con la misma cara: acaricia y destruye.

No sirve de nada confesarse. Confesarse es todavía querer caerle bien a una misma. Habría que poder decir: Sí. Fui esa. La que dijo lo peor. La que quiso lo peor. Y no salir corriendo a explicar por qué.

Eso debió ser lo que nosotros no logramos esa noche. Ni las anteriores. Estábamos demasiado cerca, demasiado sabidos. Y esa clase de cercanía aleja. Subíamos las defensas.

Después me corté la chasquilla.

No fue una decisión. Fue un poco de pelo en el lavamanos. Quizás sea una deserción microscópica. Pero no otra vida. No otra historia.

¿Puede existir un momento sin historia, sin trama? No sé, un segundo de silencio. No digo el silencio zen, que no sé qué es, salvo que lo dicen en yoga y suena a que les pasa a otros. Una cosa que calle al chihuahua interior que ladra “yo, yo, yo” hasta quedarse sin voz.

¿Pensé algo cuando corté la chasquilla? No.

Hay cosas que son un haiku. No soy capaz de escribir uno, pero puedo reconocerlos cuando pasan: un segundo en que el pasado y el presente dejan de tocarse. Un segundo donde los ojos no van de izquierda a derecha buscando un sentido.

Y como ante un haiku: se ve de golpe o no se ve.
Después vuelve todo, el nombre, la historia, el yo.
El yo pesa. Dios mío, cuánto pesa.

Me acuerdo ahora de que esa vez, en vez de gritar, me corté un mechón.

Ya está creciendo. Se mezcla con el resto del pelo. El “nunca más” ya fue dicho. También su fracaso.

II. Cambios de opinión y de claves

Hay opiniones de las que no se sabe cómo salir. Incluso si ni siquiera son importantes. Algo dicho sobre alguien que apenas conoces, con una convicción que no era tanta, pero sonó como si sí. Después hay que desarmarlo. Y no hay cómo.

Cambiar de opinión es difícil. Eso no es noticia.

Por orgullo. Por vergüenza, también. Lo incómodo es que si reconoces que antes estabas equivocado, reconoces al mismo tiempo que hoy también podrías estarlo.

Hay dos tipos de cambio de opinión.

La primera es cuando cambia uno. No las cosas. Lo mismo sigue ahí, pero ya no se puede pensar igual. Algo se movió. La edad, una escena, una cosa que te toca por dentro.

La segunda es cuando cambian las circunstancias. Ahí no cambiar es casi estupidez. Casi. Porque igual no se cambia. No tan fácil. No así no más.

Por ejemplo, si eres hincha de un equipo que empieza a perder siempre, cambiarse de equipo es una traición. En las buenas y en las malas, ¿no? Hay cosas que se opinan, pero no son opinión. Son compromiso.

Ahora pongamos este otro caso: siempre votaste por un lado. Izquierda o derecha, da lo mismo. De pronto todo se mezcla. La izquierda empieza a hablar como la derecha. La derecha hace cosas que antes eran de izquierda. O quizás los

nombres ya no dicen nada y un día te encuentras pensando:
¿Qué me conviene ahora?

¿Y entonces?

¿Cambias?

¿Lo dices?

¿O lo haces callado, como una infidelidad chica?

La política suele comportarse del mismo modo que se ha descrito con los consumidores de pañales: es difícilísimo cambiarse de marca. Hay una fidelidad incluso cuando ya no funciona, incluso cuando todo se filtra.

Y sin embargo, últimamente, se habla del péndulo en política. De votantes que se mueven con rabia, sin pensar, de un lado a otro. Caprichosamente. Palabra que viene de capricho, que viene de cabra, por la forma en que salta. Sin plan aparente.

¿Y si fuese al revés? Que sean los políticos los que persiguen lo que suponen es la opinión pública, y la opinión pública se escandalice porque no quiere que le sigan los caprichos, y entonces ya nadie sabe bien qué votar, y cinco minutos después se protesta contra lo que se votó.

El péndulo empujado desde los dos lados al mismo tiempo.

Una opinión repetida suficientes veces deja de ser opinión. Se transforma en cara.

Hay gente que siempre se ríe, siempre, y los demás no entienden bien por qué. Otros llevan tanto tiempo la cara dura que asusta y la marca queda en el ceño. Y hay personas cuya cara se fija en un momento exacto: la de pena, la de susto, la de culo. O la cara del instante preciso en que alguien descubre que puede atraer miradas. Cosa que suele ocurrir demasiado temprano, en la infancia. Entonces el cuerpo entero se queda así: tieso, repetitivo. Como algo que ya no sabe caer.

Ojitos entrecerrados. Boca de pato. Uno se pregunta qué quieren decir. Si resulta que es una mujer linda, el gesto la ampara. Funciona. Los hombres también ponen boca de pato, aunque suele ser menos para verse lindos que para verse

interesantes. Aprietan la mandíbula y las palabras les salen con un acento trabajado, parecen de otro país aunque no sean de otro país. Uno piensa en esos niños admirados, los que hablaban como sabiondos desde chicos y eran un poco pagados de sí mismos. Alguna vez les funcionó. Lo siguen haciendo.

Sin embargo, se forman arrugas alrededor de la boca. Y sostener esas posturas puede empeorar el bruxismo.

No se puede sostener indefinidamente una cara.

En todo caso, está demostrado que una cara, con un poco de conciencia corporal, cambia. Lo realmente curioso es que una idea no. Ni siquiera cuando sabes que no crees en ella. Ahí se queda.

Por ejemplo, uno de los sueños que recopiló Charlotte Beradt antes de la Segunda Guerra Mundial —sueños que ella llamaba el inconsciente del Tercer Reich— era el de un empresario que aborrecía el saludo nazi. En su sueño, se veía en una situación comprometedor y accedía a hacerlo. El problema era que luego olvidaba cómo bajar el brazo.

¿Qué pasa si por supervivencia, frivolidad, orgullo o por culpa ya no se puede salir de ciertos gestos, de cierta verbosidad? Pasa lo mismo que con las caras: la pose termina siendo la persona. Y la opinión falsa termina siendo, sencillamente, la realidad.

Irónicamente, una opinión falsa es más difícil de abandonar. Hacerse el loco debe ser la forma más cara de la coherencia.

Hay otros motivos para esas coherencias tan intensas.

Pasa con los temas “de la vida”. Eso que se dice en cualquier parte y, al mismo tiempo, se estudia: las humanidades. Cosas de humanos.

A quienes las estudian se les acusa de hablar enredado. De inventar realidades. En ocasiones es cierto.

Pero hay algo que se dice menos.